

NARRACIONES TERRORIFICAS

LE FANU
MARRYAT
LOVECRAFT
JAMES
WAUGH
EVANS
DAHL
HARTLEY
KELLER
BLOCH
BOWEN
GRENDON
GREENE
BRADBURY
COLLINS

QUINTA SELECCIÓN

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(QUINTA SELECCIÓN)

Selección de
JOSÉ A. LLORENS

EL SEÑOR JUEZ HARBOTTLE

SHERIDAN LE FANU

CAPÍTULO PRIMERO

EL SEÑOR JUEZ HARBOTTLE

HACE treinta años, un hombre de edad, de quien yo recibía cada semestre una pequeña renta en concepto de alquiler de una de mis propiedades, vino a verme el día en que terminaba el plazo. Era un personaje reservado, triste, distante, que había conocido tiempos mejores y gozaba de una reputación inmejorable. No se puede imaginar fuente más fidedigna para una historia de fantasmas.

La que me contó, con repugnancia, hay que reconocerlo, salió a relucir por el giro que tomó nuestra conversación. En efecto, se sintió en la obligación de explicarme (yo no lo hubiera notado) la razón de que se presentara el día del vencimiento, en lugar de hacerlo una semana después, como tenía por costumbre; me dijo que había decidido mudarse de casa y, por consiguiente, tenía que pagar el alquiler un poco antes de lo debido.

Vivía en una oscura calle de Westminster, en una casa vieja, espaciosa, muy caliente, ya que estaba artesonada de arriba abajo y mal ventilada por escasas ventanas de diminutos cristales emplomados.

Como testimoniaban los carteles colocados en las ventanas, la casa se hallaba en venta, o por alquilar, pero nadie parecía interesarse por ello.

Una matrona delgada y taciturna, vestida de seda de un negro color ala de mosca, cuyos ojos grandes e inquietos

miraban fijamente y parecían escrutar la cara del visitante, para leer en ella lo que había visto en los pasillos y las habitaciones oscuras por las que acababa de pasar, mantenía el cuidado de la casa, ayudada de una «criada para todo». Mi pobre amigo se alojó en la casa inducido por el precio extraordinariamente bajo. Era el único locatario y llevaba más de un año, sin haber tenido jamás motivo de queja. Disponía de dos habitaciones: una sala y un dormitorio al cual daba un pequeño gabinete en el que guardaba encerrados sus libros y sus papeles.

Una noche, antes de acostarse, tuvo el cuidado de cerrar también, con llave, la puerta del pasillo. Como no podía dormir estuvo un rato leyendo a la luz de una vela; por fin, dejó el libro en la mesilla de noche. El reloj del rellano de la escalera acababa de dar la una cuando, con un horror indescriptible, vio que la puerta del gabinete, que creía cerrada, se abría furtivamente y entraba en la habitación, de puntillas, un hombre delgado y moreno, como de cincuenta años. Su aspecto era siniestro, con su vestido de luto, muy anticuado, como los que pueden verse en los cuadros de Hogarth. Le seguía un hombre más viejo, más corpulento, cuya piel estaba marcada por el escorbuto y cuyos rasgos, inexpresivos como los de un cadáver, llevaban impresa la marca de la perversidad y la sensualidad.

Aquel anciano llevaba una bata de casa en seda floreada con bocamangas de encaje. Mi amigo notó que lucía un anillo de oro en la mano y en la cabeza un gorro de terciopelo como los que usaban en la intimidad los caballeros de la época de las pelucas.

En la mano, cubierta de encajes y adornada con la sortija, el siniestro anciano llevaba un rollo de cuerda. Los dos personajes salidos del gabinete, que se hallaba a la izquierda del cuarto, cerca de la ventana, atravesaron la habitación en diagonal, hacia la puerta del pasillo, que estaba a la derecha, pasando junto a los pies de la cama.

Ni siquiera intentó describirme las sensaciones que despertó en él la aparición, tan próxima, de las dos siluetas. Se contentó con declarar que no se acostaría jamás en aquella habitación, ni ninguna consideración en este mundo podría incitarle a entrar solo en ella, aunque fuera en pleno día. Por la mañana encontró las dos puertas cerradas con llave, tal como las había dejado antes de acostarse.

En respuesta a una pregunta mía me dijo que ninguno de los dos personajes pareció darse cuenta de su presencia. No daban la impresión de deslizarse sobre el suelo sino que andaban como cualquier otro mortal, aunque sin el menor ruido; sintió la vibración del *parquet* cuando pasaron. Le vi tan impresionado que no me atreví a preguntarle nada más.

No obstante, su descripción presentaba ciertas coincidencias tan singulares que me incitaron a escribir a un amigo, mucho mayor, que vivía en un rincón apartado de Inglaterra, y al que sabía en condiciones de darme la información que deseaba. En muchas ocasiones mi amigo había llamado mi atención hacia aquella casa y contado, brevemente, la extraña historia que ahora deseaba me contase con todo detalle.

Su respuesta me satisfizo; las páginas siguientes narran la historia en sustancia.

En su carta (me escribió) me pide usted detalles sobre los últimos años de vida del juez Harbottle. Naturalmente se refiere usted a los extraños sucesos que, a partir de entonces y durante mucho tiempo, han sido objeto de leyendas y especulaciones metafísicas. Se da el caso de que yo estoy más al corriente de aquellos misteriosos acontecimientos que cualquier otro mortal. La última vez que vi la vieja casa fue hace treinta años, cuando hice una visita a Londres. He oído decir que, en ese lapso de tiempo, los arquitectos y los demolidores han hecho maravillas en Westminster, donde se hallaba la casa. Si pudiera saber con seguridad que la casa había sido demolida no tendría incon-

veniente en dar el nombre de la calle. Como quiera que ese detalle no le quita interés a la historia, y a fin de evitarme posibles molestias, prefiero guardar silencio respecto a ese particular. Ignoro de qué época exacta data su construcción. Algunos pretenden que fue edificada por un tal Roger Harbottle, tratante en aves de corral, bajo el reinado de Jacobo I. Mi opinión cuenta poco, pero, habiéndola visitado, aunque cuando ya se hallaba vacía y abandonada, puedo dar una descripción de conjunto. Era de ladrillos rojo oscuro, la puerta y las ventanas estaban encuadradas en piedra que amarilleaba por el tiempo. Quedaba un poco retraída, en comparación con la fila de casas de la calle. Una escalinata orlada de una barandilla de hierro forjado daba acceso a la entrada, en la cual, bajo una serie de lámparas rodeadas de banderolas y hojas retorcidas, había dos enormes «tearíos», parecidos a los gorros cónicos de las hadas, en los cuales, antiguamente, los lacayos colocaban sus hachones cuando las sillas de mano y las carrozas dejaban a los amos en el vestíbulo o al pie de la escalera, según los casos. El vestíbulo estaba artesonado hasta el techo y tenía una gran chimenea. Dos o tres habitaciones majestuosas se abrían a cada lado. Las ventanas eran altas, de cristales pequeños. Al fondo del vestíbulo se hallaba la escalera. También había una escalera de servicio. La casa era grande y, a causa de su tamaño, más oscura que nuestras construcciones modernas. Cuando la visité llevaba mucho tiempo desocupada y además tenía reputación de ser mansión de aparecidos. Enormes telas de araña colgaban del techo y de los rincones oscuros y un espeso manto de polvo cubría los objetos. Las ventanas, cubiertas por el polvo y la lluvia de cincuenta años, hacían más intensa la oscuridad del interior de la casa.

La primera vez la visité en compañía de mi padre, en 1808, durante mi infancia; tenía doce años y mi imaginación era impresionable, como es natural a esa edad. Lanzaba en todas direcciones miradas preñadas de un terror casi

místico: me hallaba en el lugar en que se desarrollaron los acontecimientos que tantas veces había oído contar en casa, cerca de la chimenea, presa de un terror delicioso.

Cuando se casó, mi padre frisaba los sesenta años. De niño había visto al juez Harbottle en la Audiencia, con toga y peluca, una docena de años antes de su muerte, que sobrevino en 1748; su aspecto le produjo una impresión desagradable e intensa, tanto en su imaginación como en sus nervios.

El juez tenía 67 años en aquella época. Su rostro era enorme, violáceo, la nariz prominente y granujienta, la boca severa y brutal. Mi padre, que entonces era muy joven, no había visto jamás una cara más espantosa: las arrugas de su frente evidenciaban su potencia intelectual; la voz, fuerte y dura, prestaba la mayor eficacia a su sarcasmo, que era su arma habitual en los Tribunales.

El viejo juez tenía reputación de ser el hombre más malo de Inglaterra. Incluso en la Audiencia manifestaba su desdén por las conveniencias. Se decía que influía en la marcha del proceso a pesar de los consejos, de las órdenes e incluso de la voluntad del jurado, gracias a una mezcla de zalamerías, violencias y embustes que llegaban a confundir y vencer cualquier voluntad por fuerte que fuera. Nunca había llegado a comprometerse... era demasiado hábil para eso. Se le consideraba un juez peligroso y sin escrúpulos, pero su reputación no le preocupaba; y los compañeros que escogía para alegrar sus horas de descanso se preocupaban menos que él.

CAPÍTULO II

MR. PETERS

Una tarde, durante la temporada de 1746, el viejo juez tomó su silla para dirigirse a la Cámara de los Lores al objeto de conocer el resultado de una votación que le interesaba. Contaba con volver a su casa por el mismo procedimiento, pero cuando salió de la Cámara el aire era tan suave y el atardecer tan bello que cambió de parecer; mandó a casa la silla vacía y él se fue andando, acompañado sólo por dos criados portadores de hachones. El acceso de gota que sufría le hacía andar despacio; por tanto, necesitó bastante tiempo para recorrer la corta distancia que le separaba de su casa.

En una calle estrecha, bordeada de altos edificios y completamente silenciosa a aquellas horas, alcanzó, a pesar de su lento paso, a un anciano de extraño aspecto.

Usaba un abrigo de color verde botella, con un capuchón y grandes botones de piedra. Llevaba en la cabeza un sombrero plano de grandes alas, bajo el cual caía, en cascada, una opulenta peluca blanca; tenía la espalda encorvada, se apoyaba con fuerza en un bastón para sostener sus temblorosas rodillas y andaba tambaleándose penosamente.

—Perdón, caballero —dijo con voz insegura, cuando el juez pasaba a su lado. Al hablar le tocó ligeramente el brazo.

Viendo que su interlocutor iba vestido con ostentosa riqueza y que tenía modales de caballero, el juez Harbottle se paró y le preguntó, con voz dura y perentoria:

—Dígame, caballero, ¿en qué puedo servirle?

—¿Tendría usted la bondad de indicarme la casa del juez Harbottle? Tengo que comunicarle una información de gran importancia.

—¿Habría usted ante testigos? —preguntó el juez.

—De ningún modo. Debo hablar con él a solas —replicó el viejo con vivacidad.

—En tal caso, señor, aún tiene usted que dar unos pasos más, en mi compañía, para llegar a su meta y obtener una entrevista privada. Yo soy el juez Harbottle.

El débil anciano de la peluca empolvada aceptó complacido la invitación. Unos instantes después se encontraba en casa del juez, en un cuarto que recibía el nombre de «el saloncito», cara a cara con el funcionario peligroso y astuto.

Tuvo que sentarse porque se sentía agotado, incapaz de pronunciar una palabra. Luego, tuvo un acceso de tos; después, un sofoco. Y así pasaron dos o tres minutos, que el juez aprovechó para quitarse la capa, que tiró en el brazo de un sillón, y su sombrero, que lanzó a lo lejos.

El venerable anciano no tardó mucho en recuperar la voz. Los dos hombres pasaron juntos un buen rato, con todas las puertas cerradas.

Algunos invitados esperaban en el salón; se oían risas masculinas en el piso superior y se percibía claramente la voz de una mujer que cantaba acompañándose de un clavicordio. En efecto, el juez Harbottle había preparado para aquella noche una de sus dudosas fiestas, que harían erizársele los pelos en la cabeza a los hombres de bien.

El viejo de la peluca empolvada debía estar en posesión de informaciones muy importantes para el juez, ya que éste no se hubiera resignado de buen grado a perder diez minutos en semejantes circunstancias.

El criado que acompañó al visitante hasta la puerta observó que la cara violácea del juez se había vuelto amarillenta y que lo mismo les pasaba incluso a las verrugas. Por la agitación con que su amo despidió al visitante, el criado dedujo que la conversación había versado sobre algo muy serio y que el juez estaba asustado.

En lugar de precipitarse hacia su escandalosa orgía, sus profanos invitados y su inmensa copa de porcelana llena de ponche —copa que, en otro tiempo, había utilizado un obispo de Londres, persona de gran bondad, para bautizar al propio abuelo del juez—, en lugar, digo, de subir con la mayor rapidez posible los escalones que le separaban del antro de sus placeres, fue hacia la ventana y siguió con los ojos los movimientos del viejo que descendía la escalinata paso a paso, apoyándose en la barandilla de hierro.

Apenas se había cerrado la puerta del vestíbulo cuando el juez se puso a gritar una sucesión de órdenes rápidas, acompañadas de juramentos a los cuáles son tan aficionados los viejos generales de nuestra época, en sus momentos de excitación. Al mismo tiempo, daba patadas en el suelo y agitaba los puños en el aire para estimular a la servidumbre. Ordenó a un lacayo que alcanzara al viejo para ofrecerle su protección y que no volviera a su presencia sin conocer el lugar exacto en que vivía, su identidad y todo lo concerniente a él.

—¡Si no me llevas bien este asunto, esta misma noche te despojo de la librea!

El criado salió, con un pesado bastón bajo el brazo, bajó la escalera y miró a derecha e izquierda para buscar la silueta del viejo, tan fácil de reconocer.

Más tarde contaré sus aventuras.

En el curso de la audiencia que su huésped le había concedido, en la habitación del majestuoso artesonado, el viejo contó al juez una historia extraordinaria. Tal vez no fuera más que un conspirador, tal vez estuviera loco o tal vez había dicho solamente la verdad.

Cuando se halló a solas con el juez Harbottle, el anciano caballero del abrigo verde botella dio señales de agitación.

—Puede que no sepa, su señoría —comenzó diciendo—, que en la cárcel de Shrewsbury hay un prisionero acusado de falsificar una letra de cambio de ciento veinte libras; ese prisionero se llama Lewis Pyneweck y tiene una abacería en dicha ciudad.

—¿Sí? —dijo el juez, que no ignoraba nada.

—Sí —aseguró el viejo.

—¡Entonces no me hable de ello, por los diablos! ¡Si no, le arrestaré! ¡Soy yo el que tiene que juzgar ese caso! —replicó el juez, con voz temible.

—No tengo intención de hablar de él ni de su caso. Por otra parte, no sé mucho del asunto, ni me preocupa. Pero han llegado a mi conocimiento ciertos hechos dignos de que su señoría los tenga en consideración.

—¿De qué se trata? —se informó el juez—. Estoy muy ocupado, señor, y le suplico que se dé prisa.

—He sabido que se está formando un tribunal secreto y que ese tribunal tiene por objeto estudiar la conducta de los jueces; la de su señoría, en primer lugar. Sé trata de un horrible complot.

—¿Quiénes son los miembros?

—Todavía no puedo citar ni un solo nombre. Sólo conozco los hechos. Y son ciertos. De eso no cabe duda.

—Le citaré ante el Consejo Privado.

—Es mi más caro deseo; pero cuando transcurran algunos días.

—¿Y por qué?

—Como ya he dicho a su señoría, todavía no estoy en posesión de un solo nombre; no obstante, cuento con conseguir de aquí a dos o tres días, una lista de los personajes más comprometidos, así como ciertos papeles que hacen referencia a ese complot.

—¿Y sólo necesitará dos o tres días?

—Aproximadamente.

—¿Es un complot liberal?

—Algo así, según creo.

—Bien, entonces es una conspiración política. Yo no he juzgado a ningún prisionero de Estado y no creo que llegue a hacerlo nunca. ¿En qué puede concernirme ese complot?

—Por lo que he podido averiguar, esos individuos desean también tomar una revancha sobre algunos jueces.

—¿Cómo llaman a su complot?

—Alto Tribunal de Apelación.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Hugh Peters.

—Un apellido conservador, ¿no es eso?

—En efecto.

—¿Dónde vive usted, Mr. Peters?

—En Thames Street; en la fonda «Tres Reyes».

—¿«Tres Reyes»? ¡Puede que incluso uno solo sea demasiado para usted, Mr. Peters! ¿Cómo es posible que un hombre conservador, como usted pretende ser, esté al tanto de una conspiración liberal? Respóndame.

—Una persona por la que me intereso se ha dejado convencer para mezclarse con los conspiradores; espantado por la imprevista perversidad de sus planes, ha resuelto informar a la Corona.

—¡Sabia resolución, señor! ¿Y quién es esa persona? ¿Quiénes son los otros? ¿Lo sabe?

—Sólo conoce a dos. Pero debe serles oficialmente presentado dentro de unos días. Entonces él tendrá la lista completa de nombres y los detalles más importantes sobre sus proyectos, sus juramentos, y las horas y lugares de sus reuniones. Él desea informarnos antes de que se sospeche su traición. ¿A quién cree su señoría que debe dirigirse cuando posea la información?

—Al Fiscal General del Rey en persona. Pero decía usted que el complot me concernía a mí en particular. ¿Por qué? Y ese prisionero, Lewis Pyneweck, ¿participa en la conspiración?

—No sé nada; pero se dice, no sé por qué oscura razón, que su señoría haría muy bien en no instruir ese proceso.

En caso contrario se teme que su existencia esté en peligro.

—A mi juicio, *Mr. Peters*, todo el asunto hiede a crimen y traición. El fiscal del Rey sabrá deshacerlo. ¿Cuándo volveré a verle?

—Si me da su permiso, mañana, bien antes, bien después de la sesión del Tribunal. Me gustaría contar a su señoría lo que haya pasado.

—No falte usted, *Mr. Peters*, a las nueve de la mañana. ¡Y trate de no engañarme!

—Nada tiene que temer de mí su señoría. Si no hubiera querido servirle y satisfacer a mi propia conciencia, ¿qué necesidad tenía de venir a verle?

—Prefiero creerle, *Mr. Peters*. Quiero creerle.

Después de eso se separaron.

O se ha maquillado la cara o está minado por una enfermedad, pensó el juez.

La luz había iluminado violentamente los rasgos del viejo en el momento en que, después de una profunda inclinación, se disponía a salir de la sala, y el juez observó que tenía la piel anormalmente descolorida.

—¡Que el diablo se lo lleve! —exclamó, groseramente, mientras empezaba a subir la escalera—. Me ha echado a perder la cena.

Pero si la cena se había echado a perder, el juez fue el único en notarlo; por lo menos sus invitados no se quejaron en absoluto.